

## Capítulo XXXVI

# Del buen suceso que el valeroso don Quejica tuvo en la espantable y jamás imaginada aventura de los palabros de viento

María de Miguel\*

En esto descubrieron treinta o cuarenta palabros de viento que había en aquel texto, y así como don Quejica los vio, dijo a su revisor: la ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear; porque ves allí, amigo Sancho Chanza, donde se descubren treinta o poco más desaforados tunantes con quien pienso hacer batalla, y quitarles a todos las letras, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer la lengua: que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan iletrada simiente de sobre la faz de la ciencia. ¿Qué tunantes? dijo Sancho Chanza.

Aquellos que allí ves, respondió su amo, de los trazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas. Mire vuestra merced, respondió Sancho, que aquellos que allí se parecen no son tunantes, sino palabros de viento, y lo que en ellos parecen trazos son las tildes, que volteadas del viento hacen entonar con gracia. Bien parece, respondió don Quejica, que no estás cursado en esto de la traducción; son tunantes, y si tienes miedo quítate de ahí, y ponte en oración que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual trifulca. Y diciendo esto, dio de espuelas a su jamelgo Colorao, sin atender a las voces que su revisor Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran palabros de viento, y no tunantes aquellos que iba a acometer. Pero él iba tan puesto en que eran tunantes, que ni oía las voces de su revisor Sancho, ni echaba de ver, aunque

estaba ya bien cerca, lo que eran; antes iba diciendo exaltado: non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo traductor es el que os acomete. Levantóse en esto un poco de viento y las grandes tildes comenzaron a moverse, lo cual visto por don Quejica, dijo: pues aunque mováis más trazos que los del gigante Supercalco, me lo habéis de pagar.

Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazón a su señora Medtradea del Coloso, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de sus apuntes, con el diccionario en ristre, arremetió a todo el galope de Colorao, y embistió al primer palabra que estaba delante; mas, dándole una sacudida en la tilde, lo volvió el viento con tanta furia que hizo el diccionario pedazos, llevándose tras sí al Colorao y al traductor, que fue rodando muy maltrecho por la Internet. Acudió Sancho Chanza a socorrerle a todo el correr de su asno, y cuando llegó, halló que no se podía menear, tal fue el sopapo que dio con él Colorao. ¡Válgame Dios! dijo Sancho; ¿no le dije yo a vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino palabros de viento? Calla, amigo Sancho, respondió don Quejica, que las cosas de la ciencia, más que otras, están sujetas a continua mudanza; mas al cabo al cabo han de poder poco las malas artes contra la voluntad de mi Moliner. Dios lo haga como puede, respondió Sancho Chanza, al menos son doce céntimos la palabra.



Margarita Puncel

\* Inmunóloga y traductora, Madrid (España). Dirección para correspondencia: [mmiguel4@yahoo.es](mailto:mmiguel4@yahoo.es).